

Carlos Marx

**La Guerra Civil
en Francia**

INDICE

INTRODUCCION *Por Federico Engels*

PRIMER MANIFIESTO del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la Guerra Franco-Prusiana

SEGUNDO MANIFIESTO del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la Guerra Franco-Prusiana

LA GUERRA CIVIL EN FRANCIA Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

I

II

III

IV

Apéndice I

Apéndice II

Notas

Escrito: En 1871.

Primera Edición: Esta obra tuvo gran propagación entre 1871 y 1872, siendo traducida a varios idiomas en Europa y los EE.UU.

Fuente: **Izquierda Revolucionaria**, Sevilla - España.

INTRODUCCION

Por Federico Engels[1]

Ha sido algo inesperado para mí el requerimiento que me hicieron para reeditar el Manifiesto del Consejo General de la Internacional sobre *La Guerra Civil en Francia* y acompañarlo de una introducción. Por eso sólo puedo tocar brevemente aquí los puntos más importantes.

Antepongo al extenso trabajo arriba citado los dos manifiestos, más cortos, del Consejo General sobre la Guerra Franco-prusiana. En primer lugar, porque en *La Guerra Civil* se hace referencia al segundo de estos dos manifiestos, que, a su vez, no puede ser completamente comprendido sin el primero. Pero además, porque estos dos manifiestos, escritos también por Marx, son, al igual que *La Guerra Civil*, destacados ejemplos de las dotes extraordinarias del autor -- manifestadas por vez primera en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* [2] -- para ver claramente el carácter, el alcance y las consecuencias necesarias de grandes acontecimientos históricos en un momento en que éstos se desarrollan todavía ante nuestros ojos o acaban apenas de producirse. Y, finalmente, porque en Alemania estamos aún padeciendo las consecuencias de aquellos acontecimientos, tal como Marx las había predicho. [3]

No hemos padecido otros veinte años de dominación bismarckiana, con su Ley de Excepción y su batida antisocialista sustituyendo las persecuciones contra los demagogos[4] con las mismas arbitrariedades policíacas y la misma, literalmente la misma, interpretación indignante de las leyes?

Y acaso no se ha cumplido al pie de la letra la predicción de que el hecho de anexar Alsacia y Lorena "echaría a Francia en brazos de Rusia" y de que

Alemania con esta anexión se convertiría abiertamente en un vasallo de Rusia o tendría que prepararse, después de una breve tregua, para una nueva guerra, que sería, además, "una guerra racial contra las razas eslavas y latinas coligadas"^[5]?

¿Acaso la anexión de las provincias francesas no ha echado a Francia en brazos de Rusia? ¿Acaso Bismarck no ha implorado en vano durante veinte años enteros los favores del zar, prestándole servicios aún más bajos que aquellos con que la pequeña Prusia, cuando todavía no era la "primera potencia de Europa", solía postrarse a los pies de la santa Rusia? Y acaso no pende constantemente sobre nuestras cabezas la espada de Damocles de una guerra que, en su primer día, convertirá en humo de pajas todas las alianzas de príncipes selladas en documentos, una guerra en la que lo único cierto es la absoluta incertidumbre de su resultado, una guerra racial que entregará a toda Europa a la obra devastadora de quince o veinte millones de hombres armados, y que si no ha comenzado todavía a hacer estragos es simplemente porque hasta el más fuerte de los grandes Estados militares tiembla ante la completa imposibilidad de prever su resultado final?

De aquí que estemos aún más obligados a poner de nuevo al alcance de los obreros alemanes estas brillantes muestras, hoy medio olvidadas, de la clarividencia de la política obrera internacional en 1870.

Y lo que decimos de estos dos manifiestos también vale para *La Guerra Civil en Francia*. El 28 de mayo los últimos luchadores de la Comuna sucumbían ante fuerzas superiores en las faldas de Belleville, y dos días después, el 30, Marx leía ya al Consejo General el trabajo en que se delineaba la significación histórica de la Comuna de París, en trazos breves y enérgicos, pero tan nítidos y sobre todo tan exactos que no han sido nunca igualados en toda la enorme masa de escritos publicada sobre este tema.

Gracias al desarrollo económico y político de Francia a partir de 1789, la situación en París desde hace cincuenta años ha sido tal que no podía

estallar allí ninguna revolución que no asumiese un carácter proletario, es decir, sin que el proletariado, que había pagado la victoria con su sangre, presentase sus propias reivindicaciones después del triunfo conseguido. Estas reivindicaciones eran más o menos faltas de claridad y hasta del todo confusas, conforme al grado de desarrollo de los obreros de París en cada ocasión, pero, en último término, se reducían siempre a la eliminación del antagonismo de clase entre capitalistas y obreros. Claro está, nadie sabía cómo se podía conseguir esto. Pero la reivindicación misma, por vaga que fuese la manera de formularla, encerraba ya una amenaza al orden social existente; los obreros que la planteaban aún estaban armados; por eso, el desarme de los obreros era el primer mandamiento de los burgueses que se hallaban al timón del Estado. De aquí que después de cada revolución ganada por los obreros estalle una nueva lucha, que termina con la derrota de éstos.

Así sucedió por primera vez en 1848. Los burgueses liberales de la oposición parlamentaria organizaban banquetes en los que abogaban por una reforma electoral que debía garantizar la dominación de su partido. Viéndose cada vez más obligados a apelar al pueblo en la lucha que sostenían contra el gobierno, no tenían más remedio que ceder la primacía a las capas radicales y republicanas de la burguesía y de la pequeña burguesía. Pero detrás de estos sectores estaban los obreros revolucionarios, que desde 1830 habían adquirido mucha más independencia política de lo que los burgueses e incluso los republicanos se imaginaban. Al producirse la crisis entre el gobierno y la oposición, los obreros comenzaron la lucha en las calles. Luis Felipe desapareció y con él la reforma electoral, viniendo a ocupar su puesto la República, y una república que los mismos obreros victoriosos calificaron de República "social". Sin embargo, nadie sabía con claridad, ni los mismos obreros, qué había que entender por la susodicha República social. Pero los obreros tenían ahora armas y eran una fuerza dentro del Estado. Por eso, tan pronto como los republicanos

burgueses, que empuñaban el timón del gobierno, sintieron que pisaban terreno más o menos firme, se propusieron como primer objetivo desarmar a los obreros. Esto tuvo lugar cuando se les empujó a la Insurrección de Junio de 1848 violando manifiestamente la palabra dada, lanzándoles una burla abierta e intentando desterrar a los parados a una provincia lejana. El gobierno había cuidado de asegurarse una aplastante superioridad de fuerzas. Después de cinco días de lucha heroica, los obreros fracasaron. A esto siguió un baño de sangre entre prisioneros indefensos como jamás se había visto desde los días de las guerras civiles con las que se inició la caída de la República Romana. Era la primera vez que la burguesía mostraba a cuán desmedida crueldad de venganza es capaz de recurrir tan pronto como el proletariado se atreve a enfrentársele, como clase aparte con sus propios intereses y reivindicaciones. Y sin embargo, 1848 no fue sino un juego de niños comparado con el frenesí de la burguesía en 1871.

El castigo no se hizo esperar. Si el proletariado no era todavía capaz de gobernar a Francia, la burguesía tampoco podía seguir gobernándola. Por lo menos en aquel momento, cuando la mayor parte de ella era aún de espíritu monárquico y se hallaba dividida en tres partidos dinásticos^[6], más un cuarto partido, el republicano. Sus disensiones internas permitieron al aventurero Luis Bonaparte apoderarse de todos los puestos de mando -- ejército, policía, aparato administrativo -- y hacer saltar, el 2 de diciembre de 1851,^[7] el último baluarte de la burguesía: la Asamblea Nacional. El Segundo Imperio^[8] inauguró la explotación de Francia por una cuadrilla de aventureros políticos y financieros, pero al mismo tiempo también inició un desarrollo industrial como jamás hubiera podido concebirse bajo el mezquino y asustadizo sistema de Luis Felipe, en las condiciones de la dominación exclusiva de sólo un pequeño sector de la gran burguesía. Luis Bonaparte quitó a los capitalistas el Poder político con el pretexto de defenderlos a ellos, los burgueses, de los obreros, y, por otra parte, a éstos de aquellos; pero, como contrapartida, su régimen estimuló la especulación y la actividad industrial;

en una palabra, el auge y el enriquecimiento de toda la burguesía en proporciones hasta entonces desconocidas. Se desarrollaron todavía en mayores proporciones, claro está, la corrupción y el robo en masa, que pulularon en torno a la Corte imperial y obtuvieron buenos dividendos de este enriquecimiento.

Pero el Segundo Imperio era la apelación al chovinismo francés, la reivindicación de las fronteras del Primer Imperio perdidas en 1814, o al menos las de la Primera República. Era a la larga imposible que subsistiese un imperio francés dentro de las fronteras de la antigua monarquía y, más aún, dentro de las fronteras todavía más amputadas de 1815. Esto implicaba la necesidad de guerras ocasionales y la de ampliación de fronteras. Pero no había ampliación de fronteras que deslumbrase tanto la fantasía de los chovinistas franceses como aquella que se hiciera a expensas de la orilla izquierda alemana del Rin. Para ellos una milla cuadrada en el Rin valía más que diez en los Alpes o en cualquier otro sitio. Proclamado el Segundo Imperio la reivindicación de la orilla izquierda del Rin, fuese de una vez o por partes, era simplemente una cuestión de tiempo. Y el tiempo llegó con la Guerra Austro-prusiana de 1866.^[9] Defraudado en sus esperanzas de "compensaciones territoriales", por el engaño de Bismarck y por su propia política super-astuta y vacilante, Napoleón no tenía otra salida que la guerra, que estalló en 1870 y le empujó primero a Sedán y después a Wilhelmshöhe.^[10]

La consecuencia inevitable fue la Revolución de París del 4 de Septiembre de 1870. El Imperio se derrumbó como un castillo de naipes y nuevamente fue proclamada la República. Pero el enemigo estaba a las puertas. Los ejércitos del Imperio estaban sitiados en Metz sin esperanza de salvación o prisioneros en Alemania. En esta situación angustiada, el pueblo permitió a los diputados parisinos del antiguo Cuerpo Legislativo constituirse en un "Gobierno de Defensa Nacional". Lo que con mayor gusto lo llevó a acceder

a esto fue que, para los fines de la defensa, todos los parisinos capaces de empuñar las armas se habían alistado en la Guardia Nacional y estaban armados, de modo que los obreros representaban dentro de ella una gran mayoría. Pero el antagonismo entre el gobierno, formado casi exclusivamente por burgueses, y el proletariado en armas, no tardó en estallar. El 31 de octubre, batallones obreros tomaron por asalto el Hôtel de Ville y capturaron a algunos miembros del Gobierno. Gracias a una traición, a la violación descarada por el Gobierno de su palabra y a la intervención de algunos batallones pequeño burgueses, aquellos fueron puestos nuevamente en libertad y, para no provocar el estallido de la guerra civil dentro de una ciudad sitiada por un ejército extranjero, se permitió que el Gobierno hasta entonces en funciones siguiera actuando.

Por fin, el 28 de enero de 1871, la ciudad de París, vencida por el hambre, capituló. Pero con honores sin precedentes en la historia de las guerras. Los fuertes fueron rendidos, las murallas desarmadas, las armas de las tropas de línea y de la Guardia Móvil entregadas, y sus hombres, considerados prisioneros de guerra. Pero la Guardia Nacional conservó sus armas y sus cañones y se limitó a sellar un armisticio con los vencedores. Y éstos no se atrevieron a entrar triunfalmente en París. Sólo osaron ocupar un pequeño rincón de la ciudad, el cual, además, se componía parcialmente de parques públicos, y eso sólo por unos cuantos días! Y durante este tiempo, ellos, que habían tenido cercado a París por espacio de 131 días, estuvieron cercados por los obreros armados de la capital, que velaban la guardia celosamente para que ningún "prusiano" traspasase los estrechos límites del rincón cedido al conquistador extranjero. Tal era el respeto que los obreros de París infundían a un ejército ante el cual habían rendido sus armas todas las tropas del Imperio. Y los *junkers* prusianos, que habían venido a tomar venganza en el hogar de la revolución, no tuvieron más remedio que pararse respetuosamente y saludar a esta misma revolución armada!

Durante la guerra, los obreros de París habíanse limitado a exigir la enérgica continuación de la lucha. Pero ahora, sellada la paz después de la capitulación de París,^[11] Thiers, nuevo jefe del Gobierno, se vio obligado a entender que la dominación de las clases poseedoras -- grandes terratenientes y capitalistas -- estaba en constante peligro mientras los obreros de París tuviesen las armas en sus manos. Lo primero que hizo fue intentar desarmarlos. El 18 de marzo envió tropas de línea con orden de robar a la Guardia Nacional la artillería de su pertenencia, pues había sido construida durante el asedio de París y pagada por suscripción pública. El intento falló; París se movilizó como un solo hombre para la resistencia y se declaró la guerra entre París y el Gobierno francés, instalado en Versalles. El 26 de marzo fue elegida la Comuna de París, y proclamada dos días más tarde, el 28 del mismo mes. El Comité Central de la Guardia Nacional, que hasta entonces había ejercido el gobierno, dimitió en favor de la Comuna, después de haber decretado la abolición de la escandalosa "policía de moralidad" de París. El 30, la Comuna abolió la conscripción y el ejército permanente y declaró única fuerza armada a la Guardia Nacional, en la que debían enrolarse todos los ciudadanos capaces de empuñar las armas. Condonó los pagos de alquiler de viviendas desde octubre de 1870 hasta abril de 1871, abonando a futuros pagos de alquileres las cantidades ya pagadas, y suspendió la venta de objetos empeñados en el Monte de Piedad de la ciudad. El mismo día 30 fueron confirmados en sus cargos los extranjeros elegidos para la Comuna, pues "la bandera de la Comuna es la bandera de la República mundial"^[12]. El 1^a de abril se acordó que el sueldo máximo que podría percibir un funcionario de la Comuna, y por tanto los mismos miembros de ésta, no excedería de 6.000 francos (4.800 marcos). Al día siguiente, la Comuna decretó la separación de la Iglesia y el Estado y la supresión de todas las asignaciones estatales para fines religiosos, así como la transformación de todos los bienes de la Iglesia en propiedad nacional; como consecuencia de esto, el 8 de abril se ordenó que se eliminasen de las

escuelas todos los símbolos religiosos, imágenes, dogmas, oraciones, en una palabra, "todo lo que pertenece a la órbita de la conciencia individual", orden que fue aplicándose gradualmente¹³. El día 5, en vista de que las tropas de Versalles fusilaban diariamente a los combatientes de la Comuna que capturaban, se dictó un decreto ordenando la detención de rehenes, pero éste nunca se puso en práctica. El día 6, el 137^f Batallón de la Guardia Nacional sacó a la calle la guillotina y la quemó públicamente en medio de la aclamación popular. El 12, la Comuna acordó que la Comuna Triunfal de la plaza Vendôme, fundida con los cañones tomados por Napoleón después de la guerra de 1809, se demoliciese por ser un símbolo de chovinismo e incitación al odio entre naciones. Esto fue cumplido el 16 de mayo. El 16 de abril, la Comuna ordenó un registro estadístico de las fábricas cerradas por los patronos y la elaboración de planes para ponerlas en funcionamiento con los obreros que antes trabajaban en ellas, organizándolos en sociedades cooperativas, y que se planease también la agrupación de todas estas cooperativas en una gran unión. El 20, la Comuna declaró abolido el trabajo nocturno de los panaderos y suprimió también las bolsas de empleo, que durante el Segundo Imperio eran un monopolio de ciertos sujetos designados por la policía, explotadores de primera fila de los obreros. Esas bolsas fueron transferidas a las alcaldías de los veinte *arrondissements* [distritos] de París. El 30 de abril, la Comuna ordenó el cierre de las casas de empeño, que eran una forma de explotación privada a los obreros, y estaban en contradicción con el derecho de éstos a disponer de sus instrumentos de trabajo. El 5 de mayo, ordenó la demolición de la Capilla Expiatoria, que se había erigido para expiar la ejecución de Luis XVI.

Así, el carácter de clase del movimiento de París, que antes se había relegado a segundo plano por la lucha contra los invasores extranjeros, apareció desde el 18 de marzo en adelante con rasgos enérgicos y claros. Como los miembros de la Comuna eran todos, casi sin excepción, obreros o representantes reconocidos de los obreros, sus decisiones se distinguían por

un carácter marcadamente proletario. Estas, o bien decretaban reformas que la burguesía republicana sólo había renunciado a implantar por cobardía pero que constituían una base indispensable para la libre acción de la clase obrera, como, por ejemplo, la implantación del principio de que, *con respecto al Estado*, la religión es un asunto puramente privado; o bien la Comuna promulgaba decisiones que iban directamente en interés de la clase obrera, y en parte abrían profundas brechas en el viejo orden social. Sin embargo, en una ciudad sitiada, todo esto sólo pudo, a lo sumo, comenzar a realizarse. Desde los primeros días de mayo, la lucha contra los ejércitos del Gobierno de Versalles, cada vez más nutridos, absorbió todas las energías.

El 7 de abril, los versalleses tomaron el paso del Sena en Neuilly, en el frente occidental de París; en cambio, el 11 fueron rechazados con grandes pérdidas por el general Eudes, en el frente sur. París estaba sometido a constante bombardeo, dirigido además por los mismos que habían estigmatizado como un sacrilegio el bombardeo de la capital por los prusianos. Ahora, estos mismos individuos imploraban del Gobierno prusiano que acelerase la devolución de los soldados franceses hechos prisioneros en Sedán y en Metz, para que les reconquistasen París. Desde comienzos de mayo, la llegada gradual de estas tropas dio una superioridad decisiva a las fuerzas de Versalles. Esto se puso ya de manifiesto cuando, el 23 de abril, Thiers rompió las negociaciones, que la Comuna propuso con el fin de canjear al arzobispo de París y a toda una serie de clérigos retenidos en París como rehenes, por un solo hombre, Blanqui, que en dos ocasiones había sido elegido para la Comuna, pero que estaba preso en Clairvaux. Y se evidenció más todavía en el nuevo lenguaje de Thiers, que, de reservado y ambiguo, se hizo de pronto insolente, amenazador y brutal. En el frente sur, los versalleses tomaron el 3 de mayo, el reducto de Moulin Saquet; el día 9 se apoderaron del fuerte de Issy, reducido por completo a escombros por el cañoneo; el 14 tomaron el fuerte de Vanves. En el frente occidental avanzaban paulatinamente, apoderándose de numerosas aldeas y edificios

que se extendían hasta el cinturón fortificado de la ciudad llegando, por último, a los puntos principales de la defensa; el 21, gracias a una traición y al descuido de los guardias nacionales destacados allí, consiguieron abrirse paso hacia el interior de la ciudad. Los prusianos, que seguían ocupando los fuertes del Norte y del Este, permitieron a los versalleses cruzar por la parte norte de la ciudad, que era terreno vedado para ellos según los términos del armisticio, y, de este modo, avanzar atacando sobre un largo frente, que los parisinos no podían por menos de creer amparado por el armisticio y que, por esta razón, tenían débilmente guarnecido. Como resultado de ello, en la mitad occidental de París, en la propia ciudad del lujo, sólo se opuso una débil resistencia, que se hacía más fuerte y más tenaz a medida que las fuerzas atacantes se acercaban al sector del Este, a los barrios propiamente obreros. Hasta después de ocho días de lucha no cayeron en las alturas de Belleville y Ménilmontant los últimos defensores de la Comuna; y entonces llegó a su apogeo aquella matanza de hombres, mujeres y niños indefensos, que había hecho estragos durante toda la semana con furia creciente. Ya los fusiles de retrocarga no mataban bastante de prisa, y entró en juego la *mitrailleuse* [ametralladora] para abatir por centenares a los vencidos. El "Muro de los Federados"^[14] del cementerio de Père Lachaise, donde se consumó el último asesinato en masa, queda todavía en pie, testimonio mudo pero elocuente del frenesí a que es capaz de llegar la clase dominante cuando el proletariado se atreve a reclamar sus derechos. Luego, cuando se vio que era imposible matarlos a todos, vinieron las detenciones en masa, comenzaron los fusilamientos de víctimas caprichosamente seleccionadas entre las filas de presos y el traslado de los demás a grandes campos de concentración, para esperar allí la vista de los Consejos de Guerra. Las tropas prusianas que tenían cercado el sector nordeste de París, tenían la orden de no dejar pasar a ningún fugitivo, pero los oficiales con frecuencia cerraban los ojos cuando los soldados prestaban más obediencia a los dictados de la humanidad que a las órdenes de la superioridad; mención

especial merece, por su humano comportamiento, el cuerpo de ejército de Sajonia, que dejó paso libre a muchas personas cuya calidad de luchadores de la Comuna saltaba a la vista.

* * *

Si hoy, al cabo de veinte años, volvemos los ojos a las actividades y a la significación histórica de la Comuna de París de 1871, advertimos la necesidad de completar un poco la exposición que se hace en *La Guerra Civil en Francia*.

Los miembros de la Comuna estaban divididos en una mayoría integrada por los blanquistas, que habían predominado también en el Comité Central de la Guardia Nacional, y una minoría compuesta por afiliados a la Asociación Internacional de los Trabajadores, entre los que prevalecían los adeptos de la escuela socialista de Proudhon. En aquel tiempo, la gran mayoría de los blanquistas sólo eran socialistas por instinto revolucionario y proletario, sólo unos pocos habían alcanzado una mayor claridad de principios, gracias a Vaillant, que conocía el socialismo científico alemán. Así se explica que la Comuna dejase de hacer, en el terreno económico, muchas cosas que, desde nuestro punto de vista de hoy hubiera debido realizar. Lo más difícil de comprender es indudablemente el santo temor con que aquellos hombres se detuvieron respetuosamente en los umbrales del Banco de Francia. Fue éste, además, un error político muy grave. El Banco de Francia en manos de la Comuna hubiera valido más que diez mil rehenes. Hubiera significado la presión de toda la burguesía francesa sobre el Gobierno de Versalles para que negociase la paz con la Comuna. Pero aún es más asombroso el acierto de muchas de las cosas que se hicieron, a pesar de estar compuesta la Comuna de proudhonianos y blanquistas. Por supuesto, cabe a los proudhonianos la principal responsabilidad por los decretos económicos de la Comuna, tanto en lo que atañe a sus méritos como a sus defectos; a los blanquistas les incumbe la responsabilidad

principal por las medidas y omisiones políticas. Y, en ambos casos, la ironía de la historia quiso -- como acontece generalmente cuando el Poder cae en manos de doctrinarios -- que tanto unos como otros hiciesen lo contrario de lo que la doctrina de su escuela respectiva prescribía.

Proudhon, el socialista de los pequeños campesinos y maestros artesanos, odiaba positivamente la asociación. Decía de ella que tenía más de malo que de bueno; que era por naturaleza estéril y aun perniciosa, como un grillete puesto a la libertad del obrero; que era un puro dogma, improductivo y gravoso, contrario por igual a la libertad del obrero y al ahorro de trabajo; que sus inconvenientes crecían más de prisa que sus ventajas; que, frente a ella, la concurrencia, la división del trabajo y la propiedad privada eran fuerzas económicas. Sólo en los casos excepcionales -- como los llama Proudhon -- de la gran industria y las grandes empresas como los ferrocarriles, tenía razón de ser la asociación de los obreros (véase *Idée générale de la révolution*, 3er. estudio)^[15].

Pero hacia 1871, incluso en París, centro de la artesanía artística, la gran industria había dejado ya hasta tal punto de ser un caso excepcional, que el decreto más importante de cuantos dictó la Comuna dispuso una organización para la gran industria, e incluso para la manufactura, que no se basaba sólo en la asociación de los obreros dentro de cada fábrica, sino que debía también unificar a todas estas asociaciones en una gran unión; en resumen, en una organización que, como Marx dice muy bien en *La Guerra Civil*, forzosamente habría conducido finalmente al comunismo, o sea, al contrario directo de la doctrina proudhoniana. Por eso la Comuna fue la tumba de la escuela proudhoniana del socialismo. Esta escuela ha desaparecido hoy de los medios obreros franceses; en ellos, actualmente, la teoría de Marx predomina sin discusión, y no menos entre los Posibilistas^[16] que entre los "marxistas". Sólo quedan proudhonianos en el campo de la burguesía "radical".

No fue mejor la suerte que corrieron los blanquistas. Educados en la escuela de la conspiración y mantenidos en cohesión por la rígida disciplina que esta escuela supone, los blanquistas partían de la idea de que un grupo relativamente pequeño de hombres decididos y bien organizados estaría en condiciones, no sólo de adueñarse en un momento favorable del timón del Estado, sino que, desplegando una acción enérgica e incansable, podría mantenerse hasta lograr arrastrar a la revolución a las masas del pueblo y congregarlas en torno al pequeño grupo dirigente. Esto suponía, sobre todo, la más rígida y dictatorial centralización de todos los poderes en manos del nuevo gobierno revolucionario. Y qué hizo la Comuna, compuesta en su mayoría precisamente por blanquistas? En todas las proclamas dirigidas a los franceses de las provincias, la Comuna los invitó a formar una federación libre de todas las comunas de Francia con París, una organización nacional que, por vez primera, iba a ser creada realmente por la nación misma. Precisamente el poder opresor del antiguo gobierno centralizado -- el ejército, la policía política y la burocracia --, creado por Napoleón en 1798 y que desde entonces había sido heredado por todos los nuevos gobiernos como un instrumento grato y utilizado por ellos contra sus enemigos, era precisamente este poder el que debía ser derrumbado en toda Francia, como había sido derrumbado ya en París.

La Comuna tuvo que reconocer desde el primer momento que la clase obrera, al llegar al Poder, no puede seguir gobernando con la vieja máquina del Estado; que, para no perder de nuevo su dominación recién conquistada, la clase obrera tiene, de una parte, que barrer toda la vieja máquina represiva utilizada hasta entonces contra ella, y, de otra parte, precaverse contra sus propios diputados y funcionarios, declarándolos a todos, sin excepción, revocables en cualquier momento. Cuáles habían sido las características del Estado hasta entonces? En un principio, por medio de la simple división del trabajo, la sociedad se creó los órganos especiales destinados a velar por sus intereses comunes. Pero, a la larga, estos órganos, a cuya cabeza

estaba el Poder estatal persiguiendo sus propios intereses específicos, se convirtieron de servidores de la sociedad en señores de ella. Esto puede verse, por ejemplo, no sólo en las monarquías hereditarias, sino también en las repúblicas democráticas. No hay ningún país en que los "políticos" formen un sector más poderoso y más separado de la nación que en los EE.UU. Aquí cada uno de los dos grandes partidos que se alternan en el Poder está a su vez gobernado por gentes que hacen de la política un negocio, que especulan con los escaños de las asambleas legislativas de la Unión y de los distintos Estados Federados, o que viven de la agitación en favor de su partido y son retribuidos con cargos cuando éste triunfa. Es sabido que los estadounidenses llevan treinta años esforzándose por sacudir este yugo, que ha llegado a ser insoportable, y que, a pesar de todo, se hunden cada vez más en este pantano de corrupción. Y es precisamente en los EE.UU. donde podemos ver mejor cómo progresa esta independización del Estado frente a la sociedad, de la que originariamente estaba destinado a ser un simple instrumento. Allí no hay dinastía, ni nobleza, ni ejército permanente -- fuera del puñado de hombres que montan la guardia contra los indios --, ni burocracia con cargos permanentes y derecho a jubilación. Y, sin embargo, en los EE.UU. nos encontramos con dos grandes cuadrillas de especuladores políticos que alternativamente se posesionan del Poder estatal y lo explotan por los medios más corruptos y para los fines más corruptos; y la nación es impotente frente a estos dos grandes consorcios de políticos, pretendidos servidores suyos, pero que, en realidad, la dominan y la saquean.

Contra esta transformación, inevitable en todos los Estados anteriores, del aparato estatal y sus órganos, de servidores de la sociedad en amos de ella, la Comuna empleó dos remedios infalibles. En primer lugar, cubrió todos los cargos administrativos, judiciales y educacionales por elección, mediante sufragio universal, concediendo a los electores el derecho a revocar en todo momento a sus elegidos. En segundo lugar, pagaba a todos los funcionarios,

altos y bajos, el mismo salario que a los demás trabajadores. El sueldo máximo asignado por la Comuna era de 6.000 francos. Con este sistema se ponía una barrera eficaz al arribismo y a la caza de cargos, y esto sin contar con los mandatos imperativos que, por añadidura, introdujo la Comuna para los diputados a los cuerpos representativos.

Esta labor de destrucción del viejo Poder estatal y de su reemplazo por otro nuevo y verdaderamente democrático es descrita con todo detalle en el capítulo tercero de *La Guerra Civil*. Sin embargo, era necesario detenerse a examinar aquí brevemente algunos de los rasgos de este reemplazo por ser precisamente en Alemania donde la fe supersticiosa en el Estado se ha trasladado del campo filosófico a la conciencia general de la burguesía e incluso a la de muchos obreros. Según la concepción filosófica, el Estado es la "realización de la idea", o esa, traducido al lenguaje filosófico, el reino de Dios en la tierra, el campo en que se hacen o deben hacerse realidad la verdad y la justicia eternas. De aquí nace una veneración supersticiosa hacia el Estado y hacia todo lo que con él se relaciona, veneración que va arraigando más fácilmente en la medida en que la gente se acostumbra desde la infancia a pensar que los asuntos e intereses comunes a toda la sociedad no pueden ser mirados de manera distinta a como han sido mirados hasta aquí, es decir, a través del Estado y de sus bien retribuidos funcionarios. Y la gente cree haber dado un paso enormemente audaz con librarse de la fe en la monarquía hereditaria y jurar por la República democrática. En realidad, el Estado no es más que una máquina para la opresión de una clase por otra, lo mismo en la República democrática que bajo la monarquía; y en el mejor de los casos, un mal que el proletariado hereda luego que triunfa en su lucha por la dominación de clase. El proletariado victorioso, tal como hizo la Comuna, no podrá por menos de amputar inmediatamente los peores lados de este mal, hasta que una generación futura, educada en condiciones sociales nuevas y libres, pueda deshacerse de todo ese trasto viejo del Estado.

Ultimamente las palabras "dictadura del proletariado" han vuelto a sumir en santo terror al filisteo socialdemócrata. Pues bien, caballeros, queréis saber qué faz presenta esta dictadura? Mirad a la Comuna de París: he ahí la dictadura del proletariado!

F. Engels

Londres, en el vigésimo aniversario de la Comuna de París, 18 de marzo de 1891.

* Georges Darboy. (*N. de la Red.*)

Primera edición: En la revista *Die Neue Zeit*, N.f 28 (Vol. II), 1890-1901, y en el libro, C. Marx, *La Guerra Civil en Francia*, Berlín, 1891.

Digitalización: Izquierda Revolucionaria de Sevilla, España.

La guerra civil en Francia

Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores¹[38]

Escrito: Por Marx en abril-mayo de 1871.

Primera publicación: En forma de folleto en Londres a mediados de junio de 1871, y a lo largo de 1871-1872 en Europa y en los EE.UU. El original está en inglés.

Esta edición: Marxists Internet Archive, enero 2001.

Fuente del texto digital: [Izquierda Revolucionaria](#), Sevilla - España.

A todos los miembros de la Asociación en Europa y los Estados Unidos

(*****)

IV

La primera tentativa de conspiración de los esclavistas para sojuzgar a París logrando su ocupación por los prusianos, fracasó ante la negativa de Bismarck. La segunda tentativa, la del 18 de marzo, terminó con la derrota del ejército y la huida a Versalles del gobierno, que ordenó a todo el aparato administrativo que abandonase sus puestos y le siguiese en la huida. Mediante la simulación de negociaciones de paz con París, Thiers ganó tiempo para preparar la guerra contra él. Pero, ¿de dónde sacar un ejército? Los restos de los regimientos de línea eran escasos en número e inseguros en cuanto a moral. Su llamamiento apremiante a las provincias para que acudiesen en ayuda de Versalles con sus guardias nacionales y sus voluntarios, tropezó con una negativa rotunda. Sólo Bretaña mandó a luchar bajo una bandera blanca a un puñado de *chuans* [\[90\]](#), con un corazón de Jesús en tela blanca sobre el pecho y gritando "*Vive le roi!*" ("¡Viva el rey!"). Así, Thiers se vio obligado a reunir a toda prisa una turba abigarrada, compuesta por marineros, soldados de infantería de marina, zuavos pontificios, más los gendarmes de Valentin y los *sergents de ville* y *mouchards* [confidentes] de Pietri. Pero este ejército habría sido ridículamente ineficaz sin la incorporación de los prisioneros de guerra imperiales que Bismarck fue entregando a plazos en cantidad suficiente para mantener viva la guerra civil y para tener al Gobierno de Versalles en abyecta

dependencia con respecto a Prusia. Durante la guerra misma, la policía versallesa tenía que vigilar al ejército de Versalles, mientras que los gendarmes tenían que arrastrarlo a la lucha, colocándose ellos siempre en los puestos de peligro. Los fuertes que cayeron no fueron conquistados, sino comprados. El heroísmo de los federales convenció a Thiers de que para vencer la resistencia de París no bastaban su genio estratégico ni las bayonetas de que disponía.

Entretanto, sus relaciones con las provincias se hacían cada vez más difíciles. No llegaba un solo mensaje de adhesión para estimular a Thiers y a sus "rurales". Muy al contrario, llegaban de todas partes diputaciones y mensajes pidiendo, en un tono que tenía de todo menos de respetuoso, la reconciliación con París sobre la base del reconocimiento inequívoco de la República, el reconocimiento de las libertades comunales y la disolución de la Asamblea Nacional, cuyo mandato había expirado ya. Estos mensajes aflúan en tal número, que en su circular dirigida el 23 de abril a los fiscales, Dufaure, ministro de Justicia de Thiers, les ordenaba considerar como un crimen "el llamamiento a la conciliación". No obstante, en vista de las perspectivas desesperadas que se abrían ante su campaña militar, Thiers se decidió a cambiar de táctica, ordenando que el 30 de abril se celebrasen elecciones municipales en todo el país, sobre la base de la nueva ley municipal dictada por él mismo a la Asamblea Nacional. Utilizando, según los casos, las intrigas de sus prefectos y la intimidación policíaca, estaba completamente seguro de que el resultado de la votación en las provincias le permitiría ungir a la Asamblea Nacional con aquel poder moral que jamás había tenido, y obtener por fin de las provincias la fuerza material que necesitaba para la conquista de París.

Thiers se preocupó desde el primer momento en combinar su guerra de bandidaje contra París -- glorificada en sus propios boletines -- y las tentativas de sus ministros para instaurar de un extremo a otro de Francia el

reinado del terror, con una pequeña comedia de conciliación, que había de servirle para más de un fin. Trataba con ello de engañar a las provincias, de seducir a la clase media de París y, sobre todo, de brindar a los pretendidos republicanos de la Asamblea Nacional la oportunidad de esconder su traición contra París detrás de su fe en Thiers. El 21 de marzo, cuando aún no disponía de un ejército, Thiers declaraba ante la Asamblea: "Pase lo que pase, jamás enviaré tropas contra París". El 27 de marzo, intervino de nuevo para decir: "Me he encontrado con la República como un hecho consumado y estoy firmemente decidido a mantenerla". En realidad, en Lyon y en Marsella^[91] aplastó la revolución en nombre de la República, mientras en Versalles los bramidos de sus "rurales" ahogaban la simple mención de su nombre. Después de esta hazaña, rebajó el "hecho consumado" a la categoría de hecho hipotético. A los príncipes de Orleans, que Thiers había alejado de Burdeos por precaución, se les permitía ahora intrigar en Dreux, lo cual era una violación flagrante de la ley. Las concesiones prometidas por Thiers, en sus interminables entrevistas con los delegados de París y provincias, aunque variaban constantemente de tono y de color, según el tiempo y las circunstancias, se reducían siempre, en el fondo, a la promesa de que su venganza se limitaría al "puñado de criminales complicados en los asesinatos de Lecomte y Clément Thomas", bien entendido que bajo la condición de que París y Francia aceptasen sin reservas al señor Thiers como la mejor de las repúblicas posibles, tal como él había hecho en 1830 con Luis Felipe. Pero hasta estas mismas concesiones, no sólo se cuidaba de ponerlas en tela de juicio mediante los comentarios oficiales que hacía a través de sus ministros en la Asamblea, sino que, además, tenía a su Dufaure para actuar. Dufaure, viejo abogado orleanista, había sido juez supremo de todos los estados de sitio, lo mismo ahora, en 1871, bajo Thiers, que en 1839, bajo Luis Felipe, y en 1849, bajo la presidencia de Luis Bonaparte.^[92] Durante su cesantía de ministro, había reunido una fortuna defendiendo los pleitos de los capitalistas de París y había acumulado un

capital político pleiteando contra las leyes elaboradas por él mismo. Ahora, no contento con hacer que la Asamblea Nacional votase a toda prisa una serie de leyes de represión que, después de la caída de París, habían de servir para extirpar los últimos vestigios de las libertades republicanas en Francia,^[93] trazó de antemano la suerte que había de correr París, al abreviar los trámites de los Tribunales de Guerra,^[94] que le parecían demasiado lentos, y al presentar una nueva ley draconiana de deportación. La Revolución de 1848, al abolir la pena de muerte para los delitos políticos, la había sustituido por la deportación. Luis Bonaparte no se atrevió, por lo menos en teoría, a restablecer el *régime* de la guillotina. Y la Asamblea de los "rurales", que aún no se atrevía a insinuar siquiera que los parisinos no eran rebeldes sino asesinos, no tuvo más remedio que limitarse, en la venganza que preparaba contra París, a la nueva ley de deportaciones de Dufaure. Bajo todas estas circunstancias, Thiers no hubiera podido seguir representando su comedia de conciliación, si esta comedia no hubiese arrancado, como él precisamente quería, gritos de rabia entre los "rurales", cuyas cabezas ruminantes no podían comprender la farsa, ni todo lo que la farsa exigía en cuanto a hipocresía, tergiversación y dilaciones.

Ante la proximidad de las elecciones municipales del 30 de abril, el día 27 Thiers representó una de sus grandes escenas conciliatorias. En medio de un torrente de retórica sentimental, exclamó desde la tribuna de la Asamblea: "La única conspiración que hay contra la República es la de París, que nos obliga a derramar sangre francesa. No me cansaré de repetirlo: ¡que aquellas manos suelten las armas infames que empuñan y el castigo se detendrá inmediatamente mediante un acto de paz del que sólo quedará excluido un puñado de criminales!" Y como los "rurales" le interrumpieran violentamente, replicó: "Decidme, señores, os lo suplico, si estoy equivocado. ¿De veras deploráis que yo haya podido declarar aquí que los criminales no son en verdad más que un puñado? ¿No es una suerte, en medio de nuestras

desgracias, que quienes fueron capaces de derramar la sangre de Clément Thomas y del general Lecomte sólo representan raras excepciones?"

Sin embargo, Francia no prestó oídos a aquellos discursos que Thiers creía eran cantos de sirena parlamentaria. De los 700.000 concejales elegidos en los 35.000 municipios que aún conservaba Francia, los legitimistas, orleanistas y bonapartistas coligados no obtuvieron siquiera 8.000. Las diferentes votaciones complementarias arrojaron resultados aún más hostiles. De este modo, en vez de sacar de las provincias la fuerza material que tanto necesitaba, la Asamblea perdía hasta su último título de fuerza moral: el de ser expresión del sufragio universal de la nación. Para remachar la derrota, los ayuntamientos recién elegidos amenazaron a la Asamblea usurpadora de Versalles con convocar una contraasamblea en Burdeos.

Por fin había llegado para Bismarck el tan esperado momento de lanzarse a la acción decisiva. Ordenó perentoriamente a Thiers que mandase a Francfort delegados plenipotenciarios para sellar definitivamente la paz. Obedeciendo humildemente a la llamada de su señor, Thiers se apresuró a enviar a su fiel Jules Favre, asistido por Pouyer-Quertier. Pouyer-Quertier, "eminente" hilandero de algodón de Ruán, ferviente y hasta servil partidario del Segundo Imperio, jamás había descubierto en éste ninguna falta, fuera de su tratado comercial con Inglaterra,^[95] atentatorio para los intereses de su propio negocio. Apenas instalado en Burdeos como ministro de Hacienda de Thiers, denunció este "nefasto" tratado, sugirió su pronta derogación y tuvo incluso el descaro de intentar, aunque en vano (pues echó sus cuentas sin Bismarck), el inmediato restablecimiento de los antiguos aranceles protectores contra Alsacia, donde, según él no existía el obstáculo de ningún tratado internacional anterior. Este hombre, que veía en la contrarrevolución un medio para rebajar los salarios en Ruán, y en la entrega a Prusia de las provincias francesas un medio para subir los precios de sus artículos en

Francia, ¿no era éste el *hombre* predestinado para ser elegido por Thiers, en su última y culminante traición, como digno auxiliar de Jules Favre?

A la llegada a Francfort de esta magnífica pareja de delegados plenipotenciarios, el brutal Bismarck los recibió con este dilema categórico: "¡O la restauración del Imperio, o la aceptación sin reservas de mis condiciones de paz!". Entre estas condiciones entraba la de acortar los plazos en que había de pagarse la indemnización de guerra y la prórroga de la ocupación de los fuertes de París por las tropas prusianas mientras Bismarck no estuviese satisfecho con el estado de cosas reinante en Francia. De este modo, Prusia era reconocida como supremo árbitro de la política interior francesa. A cambio de esto, ofrecía soltar, para que exterminase a París, al ejército bonapartista que tenía prisionero y prestarle el apoyo directo de las tropas del emperador Guillermo. Como prenda de su buena fe, se prestaba a que el pago del primer plazo de la indemnización se subordinase a la "pacificación" de París. Huelga decir que Thiers y sus delegados plenipotenciarios se apresuraron a tragar esta sabrosa carnada. El Tratado de Paz fue firmado por ellos el 10 de mayo y ratificado por la Asamblea de Versalles el 18 del mismo mes.

En el intervalo entre la conclusión de la paz y la llegada de los prisioneros bonapartistas, Thiers se creyó tanto más obligado a reanudar su comedia de reconciliación cuanto que los republicanos, sus instrumentos, estaban apremiantemente necesitados de un pretexto que les permitiese cerrar los ojos a los preparativos para la carnicería de París. Todavía el 8 de mayo contestaba a una comisión de conciliadores de la clase media: "Tan pronto como los insurrectos se decidan a capitular, las puertas de París se abrirán de par en par durante una semana para todos, con la sola excepción de los asesinos de los generales Clément Thomas y Lecomte."

Pocos días después, interpelado violentamente por los "rurales" acerca de estas promesas, se negó a entrar en ningún género de explicaciones; pero

no sin hacer esta alusión significativa: "Os digo que entre vosotros hay hombres impacientes, hombres que tienen demasiada prisa. Que aguarden otros ocho días; al cabo de ellos, el peligro habrá pasado y la tarea estará a la altura de su valentía y capacidad". Tan pronto como Mac-Mahon pudo garantizarle que en breve plazo podría entrar en París, Thiers declaró ante la Asamblea que "entraría en París con la *ley* en la mano y exigiendo una expiación cumplida a los miserables que habían sacrificado vidas de soldados y destruido monumentos públicos". Al acercarse el momento decisivo, dijo a la Asamblea Nacional: "¡Seré implacable!"; a París, que no había salvación para él; y a sus bandidos bonapartistas que se les daba carta blanca para vengarse de París a discreción. Por último, cuando el 21 de mayo la traición abrió las puertas de la ciudad al general Douay, Thiers pudo descubrir el día 22 a los "rurales" el "objetivo" de su comedia de reconciliación, que tanto se habían obstinado en no comprender: "Os dije hace pocos días que nos estábamos acercando a *nuestro objetivo* ; hoy vengo a deciros que *el objetivo* está alcanzado. ¡El triunfo del orden, de la justicia y de la civilización se consiguió por fin!".

Así era. La civilización y la justicia del orden burgués aparecen en todo su siniestro esplendor dondequiera que los esclavos y los parias de este orden osan rebelarse contra sus señores. En tales momentos, esa civilización y esa justicia se muestran como lo que son: salvajismo descarado y venganza sin ley. Cada nueva crisis que se produce en la lucha de clases entre los productores y los apropiadores hace resaltar este hecho con mayor claridad. Hasta las atrocidades cometidas por la burguesía en junio de 1848 palidecen ante la infamia indescriptible de 1871. El heroísmo abnegado con que la población de París -- hombres, mujeres y niños -- luchó por espacio de ocho días después de la entrada de los versalleses en la ciudad, refleja la grandeza de su causa, como las hazañas infernales de la soldadesca reflejan el espíritu innato de esa civilización, de la que es el brazo vengador y mercenario. ¡Gloriosa civilización ésta, cuyo gran problema estriba en saber

cómo desprenderse de los montones de cadáveres hechos por ella después de haber cesado la batalla!

Para encontrar un paralelo con la conducta de Thiers y de sus perros de presa hay que remontarse a los tiempos de Sila y de los dos triunviratos romanos.^[96] Las mismas matanzas en masa a sangre fría; el mismo desdén, en la matanza, para la edad y el sexo; el mismo sistema de torturas a los prisioneros; las mismas proscripciones pero ahora de toda una clase; la misma batida salvaje contra los jefes escondidos, para que ni uno solo se escape; las mismas delaciones de enemigos políticos y personales; la misma indiferencia ante la carnicería de personas completamente ajenas a la contienda. No hay más que una diferencia, y es que los romanos no disponían de *mitrailleuses* para despachar a los proscritos en masa y que no actuaban "con la ley en la mano" ni con el grito de "civilización" en los labios.

Y tras estos horrores, volvamos la vista a otro aspecto, todavía más repugnante, de esa civilización burguesa, tal como su propia prensa lo describe.

"Mientras a lo lejos -- escribe el corresponsal parisino de un periódico conservador de Londres -- se oyen todavía disparos sueltos y entre las tumbas del cementerio de Père Lachaise agonizan infelices heridos abandonados; mientras 6.000 insurrectos aterrados vagan en una agonía de desesperación en el laberinto de las catacumbas y por las calles se ven todavía infelices llevados a rastras para ser segados en montón por las *mitrailleuses* resulta indignante ver los *cafés* llenos de bebedores de ajeno y de jugadores de billar y de dominó; ver cómo las mujeres del vicio deambulan por los bulevares y oír cómo el estrépito de las orgías en los *cabinets particuliers* de los restaurantes distinguidos turban el silencio de la noche". El señor Edouard Hervé escribe en el *Journal de París* ^[97], periódico de Versalles suprimido por la Comuna: "El modo cómo la población de París (!) manifestó ayer su satisfacción era más que frívolo, y tememos que se agrave

con el tiempo. París presenta ahora un aire de día de fiesta lamentablemente poco apropiado. Si no queremos que nos llamen los *parisinos de la decadencia*, debemos poner término a tal estado de cosas". Y a continuación cita el pasaje de Tácito: "Y sin embargo, a la mañana siguiente de aquella horrible batalla y aun antes de haberse terminado, Roma, degradada y corrompida, comenzó a revolcarse de nuevo en la charca de voluptuosidad que destruía su cuerpo y encenagaba su alma -- *alibi proelia et vulnera, alibi balnea popinaeque* (aquí combates y heridas, allí baños y festines)"^[98]. El señor Hervé sólo se olvida de aclarar que la "población de París" de que él habla es, exclusivamente, la población del París del señor Thiers: los *francs-fileurs* que volvían en tropel de Versalles, de Saint Denis, de Rueil y de Saint Germain, *el París de la "decadencia"*.

En cada uno de sus triunfos sangrientos sobre los abnegados paladines de una sociedad nueva y mejor, esta infame civilización, basada en la esclavización del trabajo, ahoga los gemidos de sus víctimas en un clamor salvaje de calumnias, que encuentran eco en todo el orbe. Los perros de presa del "orden" transforman de pronto en un infierno el sereno París obrero de la Comuna. ¿Y qué es lo que demuestra este tremendo cambio a las mentes burguesas de todos los países? ¡Demuestra, sencillamente, que la Comuna se ha amotinado contra la civilización! El pueblo de París, lleno de entusiasmo, muere por la Comuna en número no igualado por ninguna batalla de la historia. ¿Qué demuestra esto? ¡Demuestra, sencillamente que la Comuna no era el gobierno propio del pueblo, sino la usurpación del Poder por un puñado de criminales! Las mujeres de París dan alegremente sus vidas en las barricadas y ante los pelotones de ejecución. ¿Qué demuestra esto? ¡Demuestra, sencillamente, que el demonio de la Comuna las ha convertido en Megeras y Hécates! La moderación de la Comuna durante los dos meses de su dominación indisputada sólo es igualada por el heroísmo de su defensa. ¿Qué demuestra esto? ¡Demuestra, sencillamente, que durante dos meses, la Comuna ocultó cuidadosamente bajo una careta de

moderación y de humanidad la sed de sangre de sus instintos satánicos, para darle rienda suelta en la hora de su agonía!

En el momento del heroico holocausto de sí mismo, el París obrero envolvió en llamas edificios y monumentos. Cuando los esclavizadores del proletariado descuartizan su cuerpo vivo, no deben seguir abrigando la esperanza de retornar en triunfo a los muros intactos de sus casas. El Gobierno de Versalles grita: "¡Incendiarlos!", y susurra esta consigna a todos sus agentes, hasta en la aldea más remota, para que acosen a sus enemigos por todas partes como incendiarios profesionales. La burguesía del mundo entero, que mira complacida la matanza en masa después de la lucha, ¡se estremece de horror ante la profanación del ladrillo y la argamasa!

Cuando los gobiernos dan a sus flotas de guerra carta blanca para "matar, quemar y destruir", ¿dan o no dan carta blanca a incendiarios? Cuando las tropas británicas prendieron fuego alegremente al Capitolio de Washington o al Palacio de Verano del Emperador de China,^[99] ¿eran o no incendiarios? Cuando los prusianos, no por razones militares, sino por mero espíritu de venganza, hicieron arder con ayuda del petróleo poblaciones enteras como Chateaudun e innumerables aldeas, ¿eran o no incendiarios? Cuando Thiers bombardeó a París durante seis semanas, bajo el pretexto de que sólo quería prender fuego a las casas en que había gente, ¿era o no incendiario? En la guerra, el fuego es un arma tan legítima como cualquier otra. Los edificios ocupados por el enemigo son bombardeados para prenderles fuego. Y si sus defensores se ven obligados a evacuarlos, ellos mismos los incendian, para evitar que los atacantes se apoyen en ellos. El ser pasto de las llamas ha sido siempre el destino ineludible de los edificios situados en el frente de combate de todos los ejércitos regulares del mundo. ¡Pero he aquí que en la guerra de los esclavizados contra los esclavizadores -- la única guerra justificada de la historia -- este argumento ya no es válido en absoluto! La Comuna se sirvió del fuego pura y exclusivamente como de un medio de

defensa. Lo empleó para cortar el avance de las tropas de Versalles por aquellas avenidas largas y rectas que Haussmann había abierto expresamente para el fuego de la artillería; lo empleó para cubrir la retirada, del mismo modo que los versalleses, al avanzar, emplearon sus granadas, que destruyeron, por lo menos, tantos edificios como el fuego de la Comuna. Todavía no se sabe a ciencia cierta cuáles edificios fueron incendiados por los defensores y cuáles por los atacantes. Y los defensores no recurrieron al fuego hasta que las tropas versallesas no habían comenzado su matanza en masa de prisioneros. Además, la Comuna había anunciado públicamente, desde hacía mucho tiempo, que, empujada al extremo, se enterraría entre las ruinas de París y haría de esta capital un segundo Moscú; cosa que el Gobierno de Defensa Nacional había prometido también hacer, claro que sólo como disfraz, para encubrir su traición. Trochu había preparado el petróleo necesario para esta eventualidad. La Comuna sabía que a sus enemigos no les importaban las vidas del pueblo de París, pero que en cambio les importaban mucho los edificios parisinos de su propiedad. Por otra parte, Thiers había hecho ya saber que sería implacable en su venganza. Apenas vio, de un lado, a su ejército en orden de batalla y del otro, a los prusianos cerrando la salida, exclamó: "¡Seré inexorable! ¡El castigo será completo y la justicia severa!". Si los actos de los obreros de París fueron de vandalismo, era el vandalismo de la defensa desesperada, no un vandalismo de triunfo, como aquel de que los cristianos dieron prueba al destruir los tesoros artísticos, realmente inestimables de la antigüedad pagana. Pero incluso este vandalismo ha sido justificado por los historiadores como un accidente inevitable y relativamente insignificante, en comparación con aquella lucha titánica entre una sociedad nueva que surgía y otra vieja que se derrumbaba. Y aún menos se parecía al vandalismo de un Haussmann, que arrasó el París histórico, para dejar sitio al París de los ociosos.

Pero, ¡y la ejecución por la Comuna de los sesenta y cuatro rehenes, con el Arzobispo de París a la cabeza! La burguesía y su ejército restablecieron en junio de 1848 una costumbre que había desaparecido desde hacía largo tiempo de las prácticas guerreras: la de fusilar a sus prisioneros indefensos. Desde entonces, esta costumbre brutal ha encontrado la adhesión más o menos estricta de todos los aplastadores de conmociones populares en Europa y en la India, demostrando con ello que constituye un verdadero "progreso de la civilización". Por otra parte, los prusianos restablecieron en Francia la práctica de tomar rehenes; personas inocentes a quienes se hacía responder con sus vidas de los actos de otros. Cuando Thiers, como hemos visto, puso en práctica desde el primer momento la humana costumbre de fusilar a los comuneros apresados, la Comuna, para proteger sus vidas, vióse obligada a recurrir a la práctica prusiana de tomar rehenes. Las vidas de estos rehenes ya habían sido condenadas repetidas veces por los incesantes fusilamientos de prisioneros a manos de las tropas versallesas. ¿Quién podía seguir guardando sus vidas después de la carnicería con que los pretorianos^[100] de MacMahon celebraron su entrada en París? ¿Había de convertirse también en una burla la última medida -- la toma de rehenes -- con que se aspiraba a contener el salvajismo desenfrenado de los gobiernos burgueses? El verdadero asesino del arzobispo Darboy es Thiers. La Comuna propuso repetidas veces el canje del arzobispo y de otro montón de clérigos por un solo prisionero, Blanqui, que Thiers tenía entonces en sus garras. Y Thiers se negó tenazmente. Sabía que entregando a Blanqui daría a la Comuna una cabeza, mientras que el arzobispo serviría mejor a sus fines como cadáver. Thiers seguía aquí las huellas de Cavaignac. ¿Acaso en junio de 1848 Cavaignac y sus gentes del Orden no habían lanzado gritos de horror, estigmatizando a los insurrectos como asesinos del arzobispo Affre? Y ellos sabían perfectamente que el arzobispo había sido fusilado por las tropas del Partido del Orden.

Jacquemet, vicario general del arzobispo que había asistido a la ejecución, se lo había certificado inmediatamente después de ocurrir ésta.

Todo este coro de calumnias, que el Partido del Orden, en sus orgías de sangre, no deja nunca de alzar contra sus víctimas, sólo demuestra que el burgués de nuestros días se considera el legítimo heredero del antiguo señor feudal, para quien todas las armas eran buenas contra los plebeyos, mientras que en manos de éstos toda arma constituía por sí sola un crimen.

La conspiración de la clase dominante para aplastar la revolución por medio de una guerra civil montada bajo el patronato del invasor extranjero -- conspiración que hemos ido siguiendo desde el mismo 4 de septiembre hasta la entrada de los pretorianos de Mac-Mahon por la puerta de Saint-Cloud -- culminó en la carnicería de París. Bismarck se deleita ante las ruinas de París, en las que ha visto tal vez el primer paso de aquella destrucción general de las grandes ciudades que había sido su sueño dorado cuando no era más que un simple "rural" en los escaños de la *Chambre introuvable* prusiana de 1849^[101]. Se deleita ante los cadáveres del proletariado de París. Para él, esto no es sólo el exterminio de la revolución, es además el aniquilamiento de Francia, que ahora queda decapitada de veras, y por obra del propio Gobierno francés. Con la superficialidad que caracteriza a todos los estadistas afortunados, no ve más que el aspecto externo de este formidable acontecimiento histórico. ¿Cuándo había brindado la historia el espectáculo de un conquistador que coronaba su victoria convirtiéndose, no solamente en el gendarme, sino también en el sicario del gobierno vencido? Entre Prusia y la Comuna de París no había guerra. Por el contrario, la Comuna había aceptado los preliminares de paz, y Prusia se había declarado neutral. Prusia no era, por tanto, beligerante. Desempeñó el papel de un matón; de un matón cobarde, puesto que no arrostraba ningún peligro; y de un matón a sueldo, porque se había estipulado de antemano que el pago de sus 500 millones teñidos en sangre no sería hecho hasta después de la

caída de París. De este modo, se revelaba, por fin, el verdadero carácter de la guerra, de esa guerra ordenada por la Providencia como castigo de la impía y corrompida Francia por la muy moral y piadosa Alemania. Y esta violación sin precedente del derecho de las naciones, incluso en la interpretación de los juristas del viejo mundo, en vez de poner en pie a los gobiernos "civilizados" de Europa para declarar fuera de la ley internacional al felón gobierno prusiano, simple instrumento del gobierno de San Petersburgo, les incita únicamente a preguntarse ¿si las pocas víctimas que consiguen escapar por entre el doble cordón que rodea a París no deberán ser entregadas también al verdugo de Versalles!

El hecho sin precedente de que después de la guerra más tremenda de los tiempos modernos, el ejército vencedor y el vencido confraternicen en la matanza común del proletariado, no representa, como cree Bismarck, el aplastamiento definitivo de la nueva sociedad que avanza, sino el desmoronamiento completo de la sociedad burguesa. La empresa más heroica que aún puede acometer la vieja sociedad es la guerra nacional. Y ahora viene a demostrarse que esto no es más que una añagaza de los gobiernos destinada a aplazar la lucha de clases, y de la que se prescinde tan pronto como esta lucha estalla en forma de guerra civil. La dominación de clase ya no se puede disfrazar bajo el uniforme nacional; todos los gobiernos nacionales son *uno solo* contra el proletariado.

Después del domingo de Pentecostés de 1871, ya no puede haber paz ni tregua posible entre los obreros de Francia y los que se apropian el producto de su trabajo. El puño de hierro de la soldadesca mercenaria podrá tener sujetas, durante cierto tiempo, a estas dos clases, pero la lucha volverá a estallar una y otra vez en proporciones crecientes. No puede haber duda sobre quién será a la postre el vencedor: si los pocos que viven del trabajo ajeno o la inmensa mayoría que trabaja. Y la clase obrera francesa no es más que la vanguardia del proletariado moderno.

Los gobiernos de Europa, mientras atestiguan así, ante París, el carácter internacional de su dominación de clase, braman contra la Asociación Internacional de los Trabajadores -- la contraorganización internacional del trabajo frente a la conspiración cosmopolita del capital --, como la fuente principal de todos estos desastres. Thiers la denunció como déspota del trabajo que pretende ser su libertador. Picard ordenó que se cortasen todos los enlaces entre los miembros franceses y extranjeros de la Internacional. El conde de Jaubert, una momia que fue cómplice de Thiers en 1835, declara que el exterminio de la Internacional es el gran problema de todos los gobiernos civilizados. Los "rurales" braman contra ella, y la prensa europea se agrega unánimemente al coro. Un escritor francés honrado, absolutamente ajeno a nuestra Asociación, se expresa en los siguientes términos: "Los miembros del Comité Central de la Guardia Nacional, así como la mayor parte de los miembros de la Comuna, son las cabezas más activas, inteligentes y enérgicas de la Asociación Internacional de los Trabajadores . . . Hombres absolutamente honrados, sinceros, inteligentes, abnegados, puros y fanáticos en el *buen* sentido de la palabra". Naturalmente, la mente burguesa, con su contextura policíaca, se figura a la Asociación Internacional de los Trabajadores como una especie de conspiración secreta con un organismo central que ordena de vez en cuando explosiones en diferentes países. En realidad, nuestra Asociación no es más que el lazo internacional que une a los obreros más avanzados de los diversos países del mundo civilizado. Dondequiera que la lucha de clases alcance cierta consistencia, sean cuales fueren la forma y las condiciones en que el hecho se produzca, es lógico que los miembros de nuestra Asociación aparezcan en la vanguardia. El terreno de donde brota nuestra Asociación es la propia sociedad moderna. No es posible exterminarla, por grande que sea la carnicería. Para hacerlo, los gobiernos tendrían que exterminar el despotismo del capital sobre el trabajo, base de su propia existencia parasitaria.

El París de los obreros, con su Comuna, será eternamente ensalzado como heraldo glorioso de una nueva sociedad. Sus mártires tienen su santuario en el gran corazón de la clase obrera. Y a sus exterminadores la historia los ha clavado ya en una picota eterna, de la que no lograrán redimirlos todas las preces de su clerigalla.

M. J. Boon

G. H. Buttery

Delahaye

A. Herman

Fred. Lessner

J. P. MacDonnel

Fred. Bradnick

Caihil William

Hales Kolb

Lochner

George Milner

Thomas Mottershead

Charles Murray

Roach

Rühl

A. Serrailier

Alfred Taylor

Charles Mills

Pfänder

Rochat

Sadler
Cowell Stepney
W. Townshend

SECRETARIOS CORRESPONDIENTES

Eugène Dupont, *por Francia*
Karl Marx, *por Alemania y Holanda*
Friederich Engels, *por Bélgica y España*
Hermann Jung, *por Suiza*
P. Giovacchini, *por Italia*
Antoni Zabicki, *por Polonia*
James Cohen, *por Dinamarca*
J. G. Eccarius, *por Estados Unidos de América*

Herman Jung, *Presidente*
John Weston, *Tesorero*
George Harris, *Secretario de Finanzas*
John Hales, *Secretario General*
Oficina: 256, High Holborn, Londres, W.C.

30 de mayo de 1871.

NOTAS

[1] Engels escribió esta introducción para la tercera edición alemana (edición de jubileo) de *La Guerra Civil en Francia* de Marx, publicada en 1891 por la Editorial *Vorwärts*, de Berlín, con motivo del XX aniversario de la Comuna de París. Al tiempo que señaló el significado histórico tanto de las experiencias de la Comuna de París como de las generalizaciones teóricas que de ellas extrajo Marx en *La Guerra Civil en Francia*, Engels también hizo un número de agregados en lo que concierne a la introducción a la historia de la Comuna, incluyendo referencias a las actividades de los blanquistas y proudhonianos. En la edición de jubileo Engels incluyó dos obras escritas por Marx: el primero y segundo Manifiestos del Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores sobre la Guerra Franco-prusiana. Las otras ediciones de *La Guerra Civil en Francia*, publicadas más tarde en distintas lenguas, generalmente contienen la introducción de Engels.

La introducción de Engels fue publicada por primera vez con su aprobación bajo el título de *Sobre la Guerra Civil en Francia* en *Die Neue Zeit*, No. 28, (Vol. II), 1890-1891. Al publicar el texto, la redacción del *Die Neue Zeit* cambió de su último párrafo las palabras "el filisteo socialdemócrata" por "los filisteos alemanes". Por una carta de Richard Fischer a Engels, del 17 de marzo de 1891, resulta evidente que Engels no estuvo de acuerdo con este arbitrario cambio. Sin embargo, él dejó este cambio en el texto, probablemente para evitar que hubiera diferentes versiones de su obra publicadas al mismo tiempo. La presente edición restaura el texto original. [pág. [1](#)]

[2] Véase Carlos Marx y Federico Engels, *Obras Escogidas*, Vol. I. [pág. [1](#)]

[3] Referencia a las guerras de liberación nacional libradas por el pueblo alemán de 1813 a 1814 contra la dominación de Napoleón. [pág. [2](#)]

[4] Al final de las guerras contra la Francia de Napoleón, círculos reaccionarios de Alemania utilizaron el término *demagogos* para calificar a esa gente que participaba en el movimiento contra el sistema reaccionario de los estados alemanes y que organizaron una manifestación política para exigir la unificación de Alemania. El movimiento se extendió ampliamente entre los intelectuales y estudiantes, especialmente entre las sociedades gimnásticas estudiantiles. Los "demagogos" fueron perseguidos por las autoridades reaccionarias. [pág. [2](#)]

[5] Véase Carlos Marx, [Segundo Manifiesto](#) del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la Guerra Franco-prusiana, pág. 34 del presente libro. [pág. [2](#)]

[6] Los monarquistas en Francia estaban a la vez divididos en tres partidos dinásticos: los legitimistas, adictos a la dinastía "legítima" de los Borbones; los orleanistas, partidarios de la dinastía de Orleans; y los bonapartistas, seguidores de Luis Bonaparte (Napoleón III). [pág. [5](#)]

[7] *Coup d'Etat* [golpe de Estado] de Luis Bonaparte, Presidente de Francia a la sazón, quien disolvió la Asamblea Nacional, y un año después se proclamó Emperador de Francia. [pág. [5](#)]

[8] *El Segundo Imperio* de Francia fue el nombre dado al periodo de gobierno de Luis Bonaparte (1852-70), para distinguirlo del Primer Imperio de Napoleón I (1804-14). [pág. [5](#)]

[9] Prusia salió victoriosa de la guerra contra Austria, guerra que fue provocada por Bismarck. Excluyendo a Austria de la Confederación Germánica, Prusia se aseguró la hegemonía con la fundación del Imperio

Alemán. Napoleon III permaneció neutral en la Guerra Austro-prusiana, y a cambio de su neutralidad él esperó, en vano recibir parte del territorio de los estados alemanes, como se lo había prometido Bismarck. [pág. [6](#)]

[10] El 1^a y 2 de septiembre de 1870, se libró una batalla decisiva de la Guerra Franco-prusiana en los alrededores de Sedán, ciudad del Nordeste de Francia; ella terminó con una derrota completa del ejército francés. Según los términos de la capitulación firmados por el Cuartel General francés el 2 de septiembre de 1870, Napoleón III y más de 80.000 soldados, oficiales y generales franceses fueron hechos prisioneros de guerra. Desde el 5 de septiembre de 1870 hasta el 19 de marzo de 1871, Napoleon III quedó encarcelado en Wilhelmshöhe, un castillo de Prusia cerca de Kassel. La derrota en Sedán aceleró la caída del Segundo Imperio. A consecuencia de ello, Francia fue proclamada República el 4 de septiembre de 1870. [pág. [6](#), [85](#)]

[11] Se refiere al Tratado franco-alemán preliminar de paz firmado en Versalles el 26 de febrero de 1871 por A. Thiers y J. Favre, de un lado y Bismarck, del otro. En virtud de los términos del Tratado, Francia accedía a ceder Alsacia y la parte oriental de Lorena a Alemania y a pagar una indemnización de guerra de cinco mil millones de francos, mientras que Alemania continuaba ocupando parte del territorio francés

hasta que se pagara la indemnización. El Tratado final de paz fue firmado en Francfort-Main el 10 de mayo de 1871. [pág. [7](#)]

[12] Cita sacada del informe de la comisión electoral de la Comuna, publicado en el órgano de la Comuna, *Journal officiel de la République française*, N.º 90, 31 de marzo de 1871. [pág. [8](#)]

[13] Engels se refiere probablemente al contenido de la orden emitida por Edouard Vaillant, delegado de educación de la Comuna de París, que fue publicada en el *Journal officiel de la République française*, N.º 132, 12 de mayo de 1871. [pág. [9](#)]

[14] Ahora generalmente conocido como "El Muro de los Comuneros".
[pág. [12](#)]

[15] Se refiere a la obra de Proudhon, *Idée générale de la Révolution au XIXe siècle*, París, 1851. Una crítica de los puntos de vista expresados por Proudhon en este libro se encuentra en la carta de Marx a Engels de fecha 8 de agosto de 1851 y en la obra de Engels, *Crítica Analítica de la "Idée générale de la Révolution au XIXe siècle de Proudhon"* (Archivos de Marx y Engels, Vol. X.). [pág. [14](#)]

(...)

[38] *La Guerra Civil en Francia* es una de las más importantes obras del comunismo científico; a la luz de la experiencia de la Comuna de París, desarrolló aún más las tesis fundamentales de las enseñanzas marxistas sobre la lucha de clases, el Estado, la revolución y la dictadura del proletariado. Fue escrita como Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores para todos sus miembros en Europa y los Estados Unidos.

Tan pronto como fue proclamada la Comuna de París, Marx empezó a coleccionar y estudiar meticulosamente los materiales, acerca de la Comuna, que pudieran conseguirse de fuentes tales como los periódicos franceses, ingleses y alemanes, y en cartas llegadas de París. En una reunión del Consejo General celebrada el 18 de abril de 1871, Marx propuso que el Consejo emitiera un manifiesto dirigido a todos los miembros de la Internacional sobre "la tendencia general de la lucha" en Francia. El Consejo encargó a Marx redactar el manifiesto y entonces él comenzó el trabajo el 18 de abril y continuó trabajando en esto hasta fines de mayo. Escribió el Primero y Segundo Borradores de *La Guerra Civil en Francia* -- (véanse págs. 113-277 y nota 108 del presente libro). Luego, se dedicó a completar el texto final. El 30 de mayo de 1871, dos días después de que la última barricada callejera levantada en París cayera en las manos de las tropas de Versalles, el Consejo aprobó por unanimidad el texto final del Manifiesto redactado por Marx.

La Guerra Civil en Francia, que originalmente fue escrito en inglés, fue editado por primera vez en Londres aproximadamente el 13 de junio de 1871. Se sacaron mil copias de la obra en forma de folleto con 35 páginas. Como la primera edición se agotó muy rápidamente, se sacó una segunda edición en inglés de dos mil ejemplares y se vendió entre los obreros a un precio reducido. En esta edición Marx corrigió las erratas aparecidas en la primera, y agregó un segundo documento a las "Notas". Fueron suprimidos de la lista de firmas de miembros del Consejo General los nombres de dos sindicalistas, Benjamín Lucraft y George Odger, que aparecían al final del Manifiesto, debido a que ellos expresaron en la prensa burguesa su desacuerdo con el Manifiesto y se retiraron del Consejo General; se agregaron, en cambio, los nombres de nuevos miembros del Consejo. En agosto de 1871 apareció la tercera edición de *La Guerra Civil en Francia*, y en ella Marx eliminó unas cuantas incorrecciones que habían aparecido en las dos ediciones anteriores.

Entre 1871 y 1872, *La Guerra Civil en Francia* fue traducida al francés, alemán, ruso, italiano, español y holandés y publicada en periódicos, revistas, así como en forma de folleto en Europa y los Estados Unidos.

La versión alemana fue traducida por Engels y apareció publicada en los números 52-61 de *Der Volksstaat*, el 28 de junio y el 1^a, 5, 8, 12, 16, 19, 22, 26 y 29 de julio de 1871; una parte del escrito fue publicada por *Der Vorbote* entre agosto y octubre de 1871. La obra también fue impresa como folleto en Leipzig. En la traducción, Engels hizo unos pocos cambios de menor importancia al texto. Al preparar en 1876 una nueva edición alemana de *La Guerra Civil en Francia*, con motivo del quinto aniversario de la Comuna de París, se le hicieron algunas revisiones al texto.

Engels revisó de nuevo esta traducción en 1891 para la edición de jubileo en alemán de *La Guerra Civil en Francia* que se publicó con motivo del 20 aniversario de la Comuna de París. El también escribió una introducción para

dicha edición (véase nota [1](#)). Incluyó en esta edición dos obras de Marx: el Primero y Segundo Manifiestos del Consejo General de Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la Guerra Franco prusiana, que también fueron incluidos en la mayoría de las ediciones de *La Guerra Civil en Francia* que se publicaron a continuación en diversas lenguas.

La versión francesa de *La Guerra Civil en Francia* apareció por primera vez en *L'Internationale*, en Bruselas, entre julio y septiembre de 1871. Al año siguiente apareció en Bruselas la edición francesa en forma de folleto. La traducción fue revisada por Marx, quien retradujo muchos pasajes e hizo numerosos cambios en las pruebas. [pág. [41](#)]

(...)

[90] *Chouans* he originalmente el nombre con que se conoció a los participantes en los motines contrarrevolucionarios producidos en el Noroeste de Francia durante la revolución burguesa de Francia. En tiempos de la Comuna de París los comuneros bautizaron con este nombre al ejército de Versalles de mentalidad monarquista que fue reclutado en Bretaña.

[pág. [89](#)]

[91] Bajo la influencia de la revolución proletaria en París, que dio nacimiento a la Comuna de París, comenzaron movimientos revolucionarios de masas en Lyon, Marsella y en muchas otras ciudades de Francia. El 22 de marzo, la Guardia Nacional y el pueblo trabajador de Lyon tomaron el Hôtel de Ville. El 26 de marzo, luego de la llegada de una delegación de París, fue proclamada la Comuna en Lyon. Aunque la comisión de la Comuna -- nombrada para preparar las elecciones a la comuna -- poseía una fuerza armada, renunció finalmente al poder debido a su falta de contacto con el pueblo y con la Guardia Nacional. Un nuevo levantamiento de los obreros de Lyon ocurrido el 30 de abril fue cruelmente reprimido por el ejército y la policía.

En Marsella la población en rebeldía ocupó el Hôtel de Ville, arrestó al prefecto, constituyó la "comisión departamental" y decidió realizar elecciones para la comuna el 5 de abril. El estallido revolucionario de Marsella fue aplastado el 4 de abril por tropas gubernamentales que bombardearon la ciudad. [pág. [91](#)]

[92] Se refiere a los esfuerzos de Dufaure para consolidar el régimen de la Monarquía de Julio durante el período del levantamiento armado de la *Société des Saisons* (Sociedad de las Estaciones) en el mes de mayo de 1839, así como al papel desempeñado por Dufaure en la lucha contra la oposición pequeñoburguesa de los *Montagnards* en tiempos de la Segunda República, en junio de 1849.

Un intento de revolución hecho el 12 de mayo de 1839 por la *Société des Saisons* -- una sociedad secreta republicano-socialista -- y dirigido por Louis Blanqui y Armand Barbès, no buscó el apoyo de las masas y asumió un carácter conspirativo; este levantamiento fue reprimido por el ejército gubernamental y por la Guardia Nacional. A fin de combatir el peligro de una revolución, se formó un nuevo gabinete, al cual se unió Dufaure.

Durante una aguda crisis política ocurrida en junio de 1849, ocasionada por la oposición de los *Montagnards* al presidente de la República Luis Bonaparte, Dufaure, ministro del Interior de entonces propuso la adopción de una serie de decretos contra el sector revolucionario de la Guardia Nacional, así como contra los demócratas y los socialistas. [pág. [91](#)]

[93] Se refiere a la ley aprobada por la Asamblea Nacional "Sobre la prosecución contra los agravios de la prensa", que vino a reforzar las cláusulas de las anteriores leyes de prensa reaccionarias (la de 1819 y la de 1849) y que estableció duras sanciones, incluida la de proscripción, para aquellas publicaciones que acogieran opiniones contrarias al Gobierno. Se

refiere asimismo a la rehabilitación de funcionarios del Segundo Imperio que habían sido destituidos de su cargo, a la ley especial sobre el procedimiento para la devolución de las propiedades confiscadas por la Comuna, y a la definición de tales confiscaciones como un atentado criminal. [pág. [92](#)]

[94] La ley sobre los procedimientos de los tribunales militares que Dufaure sometió a la aprobación de la Asamblea Nacional, abrevió más aún los procesos judiciales estipulados en el "Código de Justicia Militar" de 1857. Ella ratificó el derecho del Comandante del Ejército y del ministro de Guerra a llevar a efecto procesos judiciales a su libre discreción, sin necesidad de averiguaciones previas; en tales circunstancias, los juicios, incluidos los recursos de apelación, tenían que ser resueltos y ejecutados en un término de 48 horas. [pág. [92](#)]

[95] Se refiere al Tratado Comercial concluido entre Inglaterra y Francia el 23 de enero de 1860. Se estipuló en dicho tratado la renuncia de Francia a la política de aranceles prohibitivos y se la reemplazó con derechos aduaneros que no debían exceder el 30 por ciento del valor de las mercancías. Este tratado dio a Francia el derecho a explotar, libre de impuestos, la mayor parte de sus mercancías a Inglaterra. Concluido el tratado, el extenso flujo de mercancías inglesas hacia Francia aumentó enormemente la competencia en su mercado interno y despertó el descontento de los fabricantes franceses. [pág. [93](#)]

[96] Se refiere a la situación de terror y de sangrienta represión durante el período de aguda lucha político-social en la antigua Roma, y a diferentes etapas de la crisis dentro de la República Romana esclavista en el siglo I a.n.e.

La Dictadura de Sila (82-79 a.n.e.) -- Sila, lacayo de la nobleza esclavista -
- estuvo acompañado por el genocidio cometido contra los representantes de los grupos hostiles a los esclavistas. Fue bajo su dominio cuando se establecieron por primera vez las proscripciones, es decir, listas de personas

a las que cualquier romano tenía el derecho de matar sin fórmula de juicio.

Los dos Triunviratos de Roma (60-53 y 43-36 a.n.e.). Un triunvirato era la dictadura de los tres más influyentes generales romanos que se dividían el Poder entre sí. El primer triunvirato fue el que encabezaron Pompeyo, César y Craso; y el segundo, el de Octavio, Antonio y Lépido. El triunvirato representó una fase en la lucha por la liquidación de la República Romana y por la formación de un régimen de monarquía absoluta. Los dos triunviratos emplearon ampliamente el método de la liquidación física de sus adversarios. A la caída de los dos triunviratos siguió una guerra civil sangrienta en la que se mataban unos con otros. [pág. [96](#)]

[97] *Journal de París*, semanario que se publicó en París a partir de 1867. Apoyó a los monarquistas orleanistas. [pág. [97](#)]

[98] Estos dos pasajes han sido citados de un artículo escrito por el publicista francés Edouard Hervé, que apareció en el *Journal de París*, en su edición 138, el 31 de mayo de 1871. En cuanto a la cita de Tácito, véase *Historias* de Tácito, Libro III, cap. 83. [pág. [97](#)]

[99] En agosto de 1814, durante la Guerra Anglo-estadounidense, las tropas inglesas, al apoderarse de Washington, incendiaron el Capitolio (el edificio del Congreso), la Casa Blanca y otros edificios públicos.

En octubre de 1860, durante la guerra colonial librada por Gran Bretaña y Francia contra China, las tropas anglo-francesas saquearon y luego quemaron el Palacio Yuan Ming Yuan, que quedaba cerca de Pekín, y que constituía un gran tesoro artístico y arquitectónico. [pág. [99](#)]

[100] *Pretorianos* era el nombre que se daba en la antigua Roma a los privilegiados guardias privados de los generales y del emperador. En tiempos del Imperio Romano, los pretorianos participaban constantemente en rivalidades internas y a menudo colocaban en el trono a sus protegidos.

Luego la palabra "pretoriano" se convirtió en sinónimo de mercenario y en apelativo de todos aquellos que cometían ultrajes e imponían el dominio arbitrario de camarillas militares. [pág. [101](#)]

[101] Con el término *Chambre introuvable de la Prusse*, semejante a la ultrarreaccionaria *Chambre introuvable* de Francia de 1815 a 1816, Marx se refería al parlamento prusiano elegido entre enero y febrero de 1849 de acuerdo a la Constitución acordada por el rey de Prusia el 5 de diciembre de 1848, día del contrarrevolucionario *coup d'Etat*. De acuerdo con esta Constitución, el parlamento constaba de la privilegiada "Camara de los Señores" aristócratas y la Cámara Baja, cuyos componentes eran elegidos en *dos turnos* únicamente por los llamados "prusianos independientes"; esto aseguró el predominio de los *junkers* burócratas y de los elementos del ala derecha de la burguesía. Bismarck, quien fue elegido para la Cámara Baja, era uno de los líderes del grupo *junker* de la extrema derecha. [pág. [102](#)]

[102] *Le Temps*, influyente diario francés de tendencia liberal. Se publicó en París de 1861 a 1943. [pág. [108](#)]

[103] *The Evening Standard*, publicado en Londres entre 1857 y 1905 como edición vespertina de *The Standard*, diario de los consetvadores británicos fundado en Londres en 1827. [pág. [108](#)]